

**Memorias discursivas de los '70 y *ethos* militante
en la retórica kirchnerista (2003- 2006)***

Ana Soledad Montero**

*El carisma puro... constituye, donde aparece,
una vocación en el sentido enfático del término:
como "misión" o como "tarea" íntima.*
M. Weber

1. Introducción

Se dice que muchos países de Latinoamérica asisten a un “giro a la izquierda”, al “retorno del populismo” o a la emergencia de “régimenes nacional-populares”, denominaciones que dan cuenta de un cambio rumbo en el discurso político e ideológico en la región. En el caso argentino, la gestión presidencial de N. Kirchner reviste características que pueden ser tildadas de novedosas en la medida en que ha instalado en la agenda política determinados temas que habían sido, si no negados, al menos acallados durante las últimas décadas. La cuestión de la memoria es uno de ellos. Diversos análisis, provenientes tanto del ámbito periodístico como académico, han reparado en la centralidad de las políticas de la memoria en la gestión presidencial (Lesgart, 2006; Carnovale, 2005; entre otros): las políticas de derechos humanos y la contundencia simbólica de algunos gestos políticos, como la creación del Museo de la Memoria y la abolición de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, son sin duda algunas de las señales más destacadas de esta tendencia.

Sin embargo, la recuperación de la memoria tiene, desde nuestro punto de vista, un alcance aún mayor: como sostuvimos en otro trabajo (Montero, 2007a), el discurso kirchnerista no sólo se ocupa de construir e instaurar una lectura hegemónica sobre el pasado reciente y de reivindicar los derechos de las víctimas de violaciones de derechos humanos durante la última dictadura militar¹. La hipótesis general que esperamos demostrar en este trabajo es que uno de los rasgos más novedosos y distintivos del discurso kirchnerista consiste en que éste recupera una tradición política nunca antes evocada desde el discurso presidencial: la militancia setentista y la memoria de un tiempo y un modo específico de ejercer la política.

* Agradezco enormemente los valiosos comentarios de mi directora de tesis, M.M. García Negroni y de mi co-director L.A. Quevedo durante la redacción de este trabajo.

** Lic. en Sociología (UBA). Becaria Doctoral (CONICET). Estudiante de Doctorado en Filosofía y Letras con orientación Lingüística (FFyL, UBA). solmontero@hotmail.com

¹ En efecto, esta tarea ya había sido iniciada durante la década del '80 por el discurso alfonsinista (cfr. Sábato, 2000; Jelin et al., entre otros). Sobre la polémica y conflictiva relación entre estas dos series discursivas, cfr. Montero (2007a).

Esta primera hipótesis se apoya en una percepción que circula en el sentido común político actual: el ex presidente Menem ha declarado públicamente que “nos gobierna un Montonero”²; intelectuales como B. Sarlo y J.P. Feinmann, entre otros, se pronuncian y debaten, con tono laudatorio o crítico, sobre la ascendencia “revolucionaria” o “de izquierda” de este gobierno³. Diversas son las reacciones que este guiño presidencial a los setenta suscita en la opinión pública, pero en todo caso despierta una acalorada polémica que pone sobre el tapete una problemática nueva y, evidentemente, controversial: ¿cuáles son las consecuencias, desde el punto de vista político- ideológico, de recuperar desde el discurso estatal las prácticas y discursos de las cuestionadas organizaciones políticas (y armadas) de los años ´70?

Este trabajo espera, así, comprender los efectos políticos y simbólicos que la evocación de los discursos de la militancia setentista imprime sobre la política argentina en los últimos años. Pero nuestro interés es aún más específico: pretendemos abordar nuestra primera hipótesis a partir del análisis de las *memorias discursivas*, rastreando en la materialidad misma del discurso, en la textura del discurso presidencial, las evocaciones, los ecos, los sentidos recuperados y las reminiscencias de unas voces ya lejanas pero, desde nuestro punto de vista, constitutivas del discurso kirchnerista⁴.

Otras dos hipótesis complementan y guían nuestro recorrido: en primer lugar, sostenemos que la memoria de los ´70 adquiere un valor refundacional que pretende imprimir fuertes transformaciones de carácter ideológico en la sociedad argentina, que, en continuidad con el imaginario militante, se plasman en la centralidad de la voluntad política y la primacía de las “convicciones”; y, en segundo lugar, que la evocación de los discursos y prácticas de la militancia setentista es la piedra de toque para la construcción del *ethos* presidencial, que en este trabajo denominamos “*ethos* militante”.

La noción de *ethos* es una categoría proveniente de la retórica clásica y reelaborada por teorías argumentativas recientes (Amossy, 1999; Maingueneau, 1999, 2002) que alude a la imagen que el locutor construye de sí mismo en el discurso argumentativo, que, desde nuestra perspectiva, constituye una clave para comprender las características del liderazgo presidencial en los últimos años. Es necesario aclarar que, en tanto categoría proveniente del acervo de la retórica, el *ethos* no alude a las características “verdaderas” del orador sino al modo en que éste se representa, se muestra o se inviste de determinados atributos para los fines argumentativos.

² Clarín, 06/05/2003.

³ Sobre eso, cfr. Diario La Nación, 22/07/06; el debate entre Feinmann y Sarlo en la revista Veintitrés de julio de 2007; notas y editoriales de Verbitsky en Página/12.

⁴ Una hipótesis más abarcativa que guía nuestra tesis, y que no desarrollaremos aquí, es que las memorias discursivas entre ambas series de discursos no operan solamente en el nivel de *lo dicho*, sino también en el nivel de *lo mostrado*. Esto es: no es sólo en el nivel de los tópicos, los temas o los objetos del decir sino en el decir mismo, en las estrategias argumentativas y enunciativas desplegadas en ambas series donde se pone plenamente de manifiesto esta continuidad entre el discurso militante de los ´70 y el kirchnerista. Para la diferencia entre “mostrar” y decir” cfr. Ducrot (1986) y Maingueneau (1999). Cfr. también la nota 15 de este trabajo.

En ese marco, este trabajo aborda, desde la perspectiva del análisis del discurso político, y en un tono más descriptivo que analítico o explicativo, las recurrencias a los discursos de la militancia setentista (1973- 1976)⁵ en un corpus de discursos presidenciales (2003- 2006), en base a la noción de *memoria discursiva*. Así, estudiaremos las continuidades discursivas en relación con determinados tópicos que hemos clasificado en tres categorías: (i) la escena enunciativa; (ii) los conceptos ideológicos o programáticos; (iii) los tiempos políticos⁶. Este estudio nos permitirá finalmente examinar la conformación del *ethos* presidencial, y elaborar interpretaciones sobre el alcance, los límites y los desafíos de esta recuperación de los discursos de la militancia setentista, y las continuidades o rupturas que esa actualización de la tradición militante imprime en el escenario político actual.

2. La cuestión de la memoria en la corriente francesa de Análisis del Discurso

Es ya conocida la fórmula de Laclau (1996; 2005) según la cual un discurso político hegemónico se conforma mediante la construcción de fronteras que delimitan antagonismos y equivalencias. Pero si la hegemonía es el proceso por el cual un discurso (o demanda) particular asume la representación de la comunidad política, ésta no reside entonces en la imposición de un discurso homogéneo y uniforme, sino en la reformulación, transformación, neutralización y absorción de discursos y demandas heterogéneos (Laclau, 1977). En ulteriores formulaciones de la teoría, puede decirse que esta multiplicidad de discursos se condensan en lo que el autor denomina “significantes vacíos”, discursos que tienen la capacidad de integrar y dar cuerpo a la comunidad política vaciándose de su contenido particular: en términos del autor, discursos o “términos privilegiados que condensan la significación de todo un campo antagónico” (Laclau, 2005; 1996).

No obstante, creemos que a pesar de su gran fuerza explicativa sobre la lógica general de *todo* discurso político que aspira a ser hegemónico, esta teoría puede ser enriquecida con herramientas que permitan comprender las estrategias argumentativas desplegadas en los procesos políticos *en*

⁵ La construcción del corpus de los años setenta responde a criterios históricos y políticos: es sabido que entre 1973 y 1976 las agrupaciones juveniles de la izquierda peronista tuvieron una participación activa en el gobierno peronista, ya sea como integrantes (durante el interregno camporista), como aliados, o como interlocutores. Además, durante esos años las agrupaciones propusieron “programas políticos” que complementaban la acción armada (De Riz, 1981; Svampa, 2003). Con respecto a las agrupaciones, en este trabajo tomamos en cuenta las publicaciones y los órganos de prensa de la JP y Montoneros (especialmente la revista El Descamisado), cuyas identidades se tornan indisociables a medida que avanza el período (R. Baschetti, comunicación personal). A esto se agrega el hecho de que en los discursos presidenciales existe una constante alusión y reivindicación del mencionado periodo, con el que el locutor manifiesta tener afinidad ideológica y en el cual él mismo participó como militante.

⁶ A esta clasificación habría que agregar una cuarta categoría (que no desarrollaré aquí) vinculada con el aspecto más estructural de ambas series discursivas, que corresponde a la disposición y estructura del discurso kirchnerista y militante. Un punto común a ambas series es la estructura dialogal o dialógica (marcada por la recurrencia de la pregunta retórica, entre otros índices); otro tema común es la sistemática presencia de “metadiscurso” o referencia al “propio decir”.

casos concretos. Se abren así interrogantes para pensar en profundidad, más allá del esquema lógico, a través de qué mecanismos discursivos específicos se despliegan las ideologías y cómo se instauran sistemas discursivos hegemónicos en contextos particulares.

El aspecto de “heterogeneidad”, “diversidad” o (nos atrevemos a agregar) de “polifonía” que la teoría laclausiana atribuye al discurso político hegemónico tiene antecedentes claros en la teoría lingüística, especialmente en la corriente francesa, que ya desde la década del setenta se ha ocupado de sostener y demostrar el carácter no monológico de la lengua: para estas teorías, los sujetos no son las fuentes únicas de su enunciación ni garantes únicos de la eficacia de su discurso, sino que el discurso es fundamentalmente polifónico, esto es, evoca otras palabras y está habitado y constituido por otras voces que le dan consistencia y espesor (Ducrot, 1984; 1988).

La noción de *memoria discursiva* constituye una de las tantas herramientas provistas por estas teorías para abordar la dimensión polifónica del discurso y para dar contenido a la fórmula de Laclau que mencionamos al inicio de este apartado. El concepto de *memoria discursiva* (Courtine, 1981) se remonta al de *espacio de memoria* acuñado por M. Pêcheux (1990) y remite al interdiscurso, al cuerpo socio-histórico de trazos discursivos previos en los que una secuencia se inscribe, en la medida en que esta secuencia pone necesariamente en juego un discurso-otro, una red de tópicos y filiaciones históricas. Las *memorias discursivas* consisten así en un retorno, una evocación de formulaciones anteriores en una coyuntura dada.

Estudiar las memorias de una determinada serie discursiva supone entonces analizar las continuidades, recurrencias y alusiones a una secuencia de discursos previa que constituye su interdiscurso, definido como el conjunto de formulaciones, tópicos y dinámicas con las que ésta dialoga permanentemente. Esto permite delimitar *formaciones discursivas*, conjuntos de series discursivas que comparten determinados temas, modos de decir, tópicos y objetos (Foucault, 2002).

En cuanto a los tópicos, estos refieren a ideas o lugares sobre los que se apoya el discurso, puntos de acuerdo y esquemas compartidos sobre los que se funda la argumentación. Para la retórica aristotélica y sus formulaciones contemporáneas se trata de principios argumentativos e ideológicos que habilitan y garantizan el pasaje de un argumento a la conclusión sirviendo de apoyo al argumento, proposiciones utilizadas pero no asertadas que, implícitamente, conforman el trayecto, el pasaje o camino indicado que permite alcanzar la conclusión a partir de un argumento, y se caracterizan por ser universales (se presentan como “lugares comunes” a una comunidad lingüística y se muestran como evidencias) y generales (no se aplican exclusivamente a la situación en curso, también a situaciones análogas)⁷.

⁷ En esta línea se ubica también el trabajo de M. Angenot (1982), quien, a los fines de analizar discursos pertenecientes al género del “panfleto”, articula conceptos provenientes tanto del análisis del discurso como de la retórica. Discurso netamente persuasivo y polémico, el panfleto se compone de “lugares comunes”. Para Angenot, los lugares comunes no constituyen simplemente formas vacías y universales sino que consisten en “verdades antropológicas” y “máximas

3. Los tópicos comunes

A continuación me referiré a algunos tópicos, temas o principios argumentativos que están en la base de las dos series discursivas que aquí comparamos: los discursos militantes de los años '70 y los discursos presidenciales. He clasificado tres grandes grupos de tópicos o zonas discursivas comunes a ambas matrices discursivas: (i) la escena enunciativa; (ii) los conceptos ideológicos o programáticos; y (iii) los tiempos políticos.

3.1. La escena enunciativa

La noción de *escena enunciativa* refiere a los roles discursivos (*ethos*, *pathos*, destinatarios) desplegados en una determinada situación de enunciación, en el marco de un conjunto de atributos, rasgos, tonos e índices que “invisten” el discurso argumentativo (Maingueneau, 1999; 2002) en la medida en que en la escena enunciativa el *ethos* es central, aquí nos ocuparemos solamente de la figura del locutor.

El militante como héroe

Uno de los rasgos más característicos de las organizaciones políticas de los años '70 es la doctrina que guiaba a los militantes en su práctica política: el ascetismo, la disciplina, la subordinación de lo personal a lo político y un estilo de vida sacrificado eran algunos de los valores reivindicados por los militantes en todos sus niveles (Gillespie, 1986: 132, 148). Longoni (2007) sostiene que uno de los tópicos que guiaron a los militantes peronistas de izquierda de los años setenta fue la figura mítica del héroe⁸: “el culto de la valentía, del coraje, del arrojo, del riesgo, de la hombría”, la “ética del sacrificio extremo” definía a los militantes como sujetos heroicos embarcados en una tarea épica.

“La juventud maravillosa, como la llamó nuestro líder (...) fueron *los nuevos héroes, los hijos de los gloriosos hombres* de la Resistencia”⁹.

Esta mitificación del militante como héroe aparece en el discurso kirchnerista bajo dos formas: en alusión a los militantes (sobrevivientes, muertos o desaparecidos) de su “generación”; y en relación con su propia imagen como personaje político. En la construcción discursiva del *ethos* presidencial, varios son los rasgos que hacen de su persona un sujeto cargado de heroicidad: en primer lugar, su

ideológicas”, de ahí que el autor los denomine “ideologemas”. Caracterizados por su polivalencia funcional y su relatividad histórica, los ideologemas son principios subyacentes a los enunciados “desprovistos de realidad sustancial”, que refieren a las creencias profundas de una sociedad (Angenot, 1982: 169-180). Amossy y Herschberg Pierrot (1997), por su parte, denominan “estereotipos” o “clichés” a estos términos cristalizados que condensan significaciones del sentido común y tienen un rol fundamental en el discurso argumentativo.

⁸ Esto se complementa con la figura del mártir, que evocaba a los “muertos por la causa popular” y estaba encarnada por algunos personajes que conformaban la mitología montonera (Svampa, 2003; Longoni, 2007).

⁹ “Solicitada en homenaje al pueblo peronista y su líder por el triunfo popular del 11 de marzo de 1973”, El Descamisado, 05/03/74 (en adelante ED).

militancia política en la “Tendencia” durante los años ‘70, su pertenencia a esa “generación diezmada y castigada”:

“Formo parte de una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias; me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a las que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada”. (25/05/03)

“estar entre ustedes me lleva a recordar el período de nuestra vida universitaria y la de los jóvenes de mi generación que transcurrió en un momento muy particular y difícil de la Argentina republicana. El cercenamiento de las instituciones y el estado de derecho en el país nos imponía la obligación del compromiso y la militancia política a la vez que frecuentábamos las aulas de la universidad, preparándonos para el futuro, soñando con construir un país mejor para todos”. (03/06/04)

En segundo lugar, su condición de “pingüino” vinculada a su procedencia del “sur del país”, una zona árida, fría y hostil donde debió superar numerosos obstáculos, también confiere al Presidente cierto carácter heroico.

“Nosotros somos así: medios crudos, sinceros, hoscos por el viento, por el frío, por la soledad que nos ha tocado vivir, y sabemos que cada vez que tenemos que arreglar un problema tenemos que ir al frente y tenemos que buscar muchas veces -en la soledad que nos ha tocado vivir- la solución de nuestra propia imaginación y nuestra propia creatividad” (27/06/2003).

En la matriz discursiva militante, el “héroe” se caracteriza por haber dado todo por su causa, por haber sufrido y entregado su vida por un compromiso político. Así, tanto en la retórica militante como en la kirchnerista el valor de morir (en la primera) o sufrir por la Patria (en ambas) son tópicos recurrentes y característicos. Este tópico aparece marcado por lo que se denominan subjetivemas, palabras o términos que ponen en el centro de la escena la subjetividad del locutor y sus emociones. El afecto constituye aquí un elemento fundamental para dar cuenta del “sufrimiento” y el “martirio” que aqueja al militante y al presidente como “hombre común”.

“No sólo sufrimos los problemas que tenemos por la deuda por los organismos internacionales, responsables también ellos de muchas de las situaciones que vivimos los argentinos, sino por culpa de los corruptos, de los que gobernaron la Argentina y los que entregaron este país. (...) para nosotros ser racional es cada día más techo y más trabajo y tratar de dar vuelta esta historia de dolor, de olvido que nos ha tocado vivir”. (17/02/04)

“Les quiero decir que me toca ser Presidente este tiempo de la historia, pero yo soy el que ustedes conocieron siempre, como siempre: un santacruceño que lucha y sufre junto a ustedes”. (17/09/04)

Las convicciones, los sueños o la política como vocación

Se suele decir que la figura de Kirchner ha introducido en la política argentina una recuperación de la voluntad política, en el doble sentido de acción derivada de principios (convicciones personales y subjetivas) y de búsqueda de construcción de un lazo representativo (Cheresky, 2003; Barros, 2005). En oposición a los liderazgos presuntamente “pragmáticos” o “institucionalistas” que lo precedieron, Kirchner se muestra como un sujeto político dotado de valores y convicciones que funcionan como guía de su acción, por sobre otros criterios de tipo pragmático o especulativo.

“Esto es lo que se había dejado de lado en la Argentina: *cumplir con la palabra empeñada, decir la verdad, trabajar con honestidad, tener principios, tener convicciones, tener ideas por las que luchar*. Esas son cosas fundamentales que van a consolidar la transformación y el cambio en este país”. (16/01/06)

Al estilo del “político por vocación” weberiano (o del “actor deontológico” o romántico rortiano), Kirchner se muestra como un abanderado de la “ética de la convicción”. Esta dimensión de convicciones y valores remite sin duda al imaginario militante de los ´70, en el que los valores y los “ideales” orientaban la acción política. En este mismo sentido puede entenderse la preponderancia del lexema “soñar”, tan recurrente en la matriz militante como en la kirchnerista.

“Convocamos a todos aquellos que pelearon y que pelean, *a los que soñaron y sueñan con la justicia para el pueblo* y a todos aquellos que quieren una patria Libre, Justa y Soberana”¹⁰.

Tenemos convicciones, tenemos esperanzas y tenemos sueños. Los argentinos debemos tener convicciones, esperanzas y sueños para inventarnos una realidad distinta para salir del subsuelo. Soñamos con una patria unida, con una patria con memoria, con verdad y con justicia. Soñamos una patria con equidad, con solidaridad; soñamos una patria con sustentabilidad interna, sin excluidos. Soñamos una patria dignamente reconocida en el mundo e integrada a él pero cobijados por una bandera celeste y blanca que nos cubra a todos. A esos sueños tenemos que tratar de hacerlos realidad cada día, con trabajo, con esfuerzo, encarando los cambios que necesitamos concretar para que se haga menos pesada la crisis a los que más sufrieron las consecuencias nefastas del modelo de endeudamiento y exclusión que tenemos que dejar atrás. (13/08/03)

La intransigencia y la no neutralidad

En esta misma línea funciona el tópico de “no neutralidad” desplegado recurrentemente en el discurso presidencial, que da cuenta de una toma de posición ética y “personal” frente a la situación política argentina.

En este tiempo de la historia -que quede bien grabado- *yo no soy*, como dije respecto de otros temas días pasados, *neutral, no vengo a mezclar todo*, no me interesa bajo ningún aspecto; lo dije el día que me tocó asumir como presidente de la Nación Argentina: *no vengo a dejar los principios* en la puerta de la casa de Gobierno. (07/12/2004)

Estoy en una trinchera sola, no tengo un pie acá y otro allá, tengo los pies puestos en el corazón, en el cariño, en el afecto y en la decisión de abrazarme permanentemente al pueblo argentino, sin distinción de colores o partidos. (14/07/2005)

La “lucha” de los militantes peronistas de los ´70 también era visualizada como “intransigente”. En efecto, en el discurso montonero la condena a la indiferencia era una constante:

“Sabemos bien quienes somos y qué queremos: una patria libre, justa y soberana con independencia económica, soberanía política y justicia social y sabemos que a esos objetivos no se los alcanza sino mediante *la lucha mas intransigente e irreductible*”¹¹.

“Cuando el Movimiento se juega su destino, *no puede haber indiferentes* ya sea por comodidad, por cobardía o por especulación”¹²

¹⁰ “Solicitada en homenaje al pueblo peronista y su líder por el triunfo popular del 11 de marzo de 1973”, ED, 05/03/74.

¹¹ ED, 14/03/74

¹² ED, 14/03/74

“No queda espacio político para el color gris en lo que a esta lucha respecta”¹³

Pero la alusión a la intransigencia¹⁴, la no neutralidad y la lealtad a principios y convicciones que funcionan como “mandatos” no está exenta de complejidades: por el contrario, pone de manifiesto una tensión que atraviesa todo el imaginario kirchnerista, la tensión entre el terreno de las convicciones personales y el carácter universal del Estado de Derecho. En efecto, que la afirmación de parcialidad y no neutralidad aparezca en voz del primer mandatario, la máxima autoridad del Poder Ejecutivo, pone en cuestión la noción de Estado neutral, imparcial e igualitario, en pos de una construcción política declaradamente “parcial” con respecto a aquellos que se consideran adversarios o enemigos.

La “juventud maravillosa”

En otro trabajo hemos señalado que de la generación del '70 Kirchner rescata un gesto, un modo de ejercer la política que se vincula con la condición de “jóvenes” de los militantes de su generación: la transgresión, la capacidad de “pensar diferente” y de ser “rebeldes” contra lo instituido (Montero, 2007a). La confrontación, la beligerancia y el desafío, asociados además a la informalidad y la falta de apego a las convenciones del discurso político en materia de protocolo, configuran un *ethos* marcadamente “juvenil”, desfachatado, prepotente y confrontativo.

“Nosotros los argentinos *tenemos que ser transgresores y decididos* y tenemos que demostrarles a todas aquellas escuelas económicas, a todos aquellos diagnosticadores de la realidad, que con *la prepotencia* del esfuerzo, del trabajo y la honestidad vamos a hacer una nueva Argentina, le guste a quien le guste la vamos a poner en marcha”. (12/06/03)

Como señalamos en la nota 4, creemos que esta escenificación de un *ethos* juvenil, desafiante, beligerante y confrontativo no se da sólo en el nivel de lo *dicho* sino también en el de lo *mostrado*¹⁵, que se despliega en marcas lingüísticas como la prosodia, los actos de habla de amenaza y desafío, la exclamación, la interrogación retórica, los subjetivismos, los coloquialismos, la ruptura de la isotopía discursiva, entre otros índices.

Sobre esta recuperación del espíritu “juvenil”, Lesgart señala que en el registro kirchnerista el componente generacional se liga con una “praxis ético-moral animada por la ‘esperanza de cambio’, empapada de ‘fraternidad con el otro’, de lealtad, amistad, y la creencia en que la

¹³ ED, 19/03/74.

¹⁴ Para un tratamiento semántico-argumentativo del lexema “intransigente” en el discurso kirchnerista como motor y condición de la acción política, cfr. Montero (2007c).

¹⁵ Esta doble dimensión del discurso procede de la distinción planteada por Ducrot (1984) entre L (locutor) y λ (locutor como ser-en-el-mundo). Para este autor la exclamación, las interjecciones, y todas las marcas de subjetividad en general, “muestran” algo relativo a la enunciación y a la subjetividad del locutor y no sólo “dicen” algo del mundo, y están plenamente a cargo de L, quien no sólo habla sino que también “muestra” la situación como la fuente y origen de su enunciación. Hemos analizado algunas de estas estrategias de emergencia del *ethos* militante (L) en Montero 2007b y 2007c.

voluntad puede ser creadora” (2006:183), y que no se enlaza con la práctica militarista “autodestructiva”, sino que reenvía a la vertiente más vital e idealista de ese imaginario.

No obstante, para comprender en profundidad la zona ideológica común entre las dos series que estudiamos y sus efectos en la coyuntura política actual, es necesario no restar importancia y destacar la impronta de antagonismo y confrontación que está en la base de estas dos series discursivas y que es central en la configuración política kirchnerista.

El militante como “hombre común”

Otro atributo con el que el Presidente se define reiteradamente a sí mismo es el de “hombre” o “ciudadano común” con derecho a “pensar diferente” y a ejercer su libertad de opinión.

“Soy un hombre común, con virtudes y con errores. Trato de corregir permanentemente lo que me pueda equivocar”. 14/07/05.

“Porque también aparte de ser Presidente uno sufre como ser humano, como todos ustedes. Uno es un hombre común, algunos creían que se sentaban en ese sillón y se volvían perfectos. Así nos fue. Uno acierta o se equivoca y tiene mejores y peores días como todos los cristianos permanentemente, pero duele a veces escuchar a algunos que han hecho tanto daño al país y hablan con una soberbia”. (11/08/04)

De la misma manera, el militante setentista se visualizaba a sí mismo como perteneciente y surgido del pueblo, y exaltaba las virtudes de la “gente común” (Gillespie, 1986: 112)¹⁶.

“Con orgullo desafiante, elevando altivos nuestras banderas. Con la soberbia de los que surgen de las entrañas del pueblo, alzando sus puños agresivos”¹⁷.

“Somos hijos del pueblo, porque forjamos esta última etapa de lucha, porque vamos a ser los que llevemos el peso de la lucha del futuro”¹⁸.

En la escena argumentativa presidencial, su sedicente condición de “ciudadano común” que discute y defiende sus ideas “democráticamente” y “ejerce su libertad de expresión” suele funcionar como argumento a favor de sus intervenciones polémicas y confrontativas:

“Esto no es atacar la libertad de prensa, por el contrario. Cuando uno dice cosas diferentes a la que puede estar pensando un diario se dice que se ataca la libertad de prensa, estoy ejerciendo la libertad de expresión como presidente o como ciudadano común”. (17/03/2005)

“... yo no soy ni confrontativo ni ataco a los medios de prensa, dicen de mí las cosas que quieren, pero soy un hombre del sur, un argentino más que defiende sus ideas, sus convicciones, y si tengo ideas y convicciones y las quiero discutir democráticamente lo debo hacer porque eso es bueno para el país. No me van a callar la boca diciendo que soy confrontativo ni me van a callar la boca diciendo que ataco a la prensa”. (05/08/2005)

¹⁶ Sobre el carácter “popular” de los miembros de las organizaciones peronistas de izquierda es interesante señalar que muchos de ellos eran jóvenes estudiantes provenientes de clases medias acomodadas e incluso de clases altas. Según Torti (1999), cierta “autoculpabilización” por no pertenecer a las clases populares los habría llevado a abrazar la causa popular y a adoptar una disciplina de ascetismo y renuncia a los beneficios de su clase.

¹⁷ ED, 14/03/1974.

¹⁸ ED, 14/03/1974.

Este derecho a “disentir” y a presentar puntos de vista “diferentes” también era reivindicado por los militantes peronistas:

*“Los leales pueden disentir. Los obsecuentes siempre traicionan”*¹⁹.

*“En el Movimiento Peronista siempre hubo derecho a disentir”*²⁰

Es necesario detenerse un instante en el modo en que el Presidente “pide la palabra” en relación con su carácter de “ciudadano” u “hombre común”. El hecho de que el Presidente elija deliberadamente citar presuntas críticas y acusaciones de sus adversarios (“no me van a callar la boca”) puede interpretarse como un modo de “construir” la polémica, que requiere de un terreno común de debate. Esta estrategia consiste en crear una “excusa” para mostrarse a la vez como un ciudadano común con derecho a “pensar diferente” y como un “militante” de sus convicciones, para marcar el alcance del debate y posicionarse como su juez legítimo.

Si la ambigüedad del discurso polémico reside en que éste “es a la vez una búsqueda de la verdad, o al menos de lo opinable (...) pero es también un acto, que supone una presencia fuerte y explícita del enunciador en el enunciado” (Angenot, 1981: 35, traducción propia), el derecho a “no callarse la boca” puede ser ejercido por el Presidente en la medida en que, desde una posición enunciativa que afirma su autoridad, pero amparado a la vez en su condición de “hombre común”, establece qué puede ser discutido y qué queda excluido de la esfera de debate.

3.2. Los tópicos ideológicos o programáticos

La política como lucha, batalla o epopeya

Una construcción discursiva de enorme importancia en las dos series discursivas que aquí comparamos consiste en la postulación de la política como “lucha” o “batalla”, es decir: la política como conflicto²¹.

“Venir –honestamente se los digo, con absoluta franqueza- para profundizar la Argentina que nos han dejado, bajo ningún aspecto fue mi intención cuando iniciamos este largo maratón, esta larga lucha y esta larga epopeya por conducir la Argentina” (11/08/03).

Esta visión de la política como terreno de conflicto puede asociarse con lo que Tcach (2006) ha denominado la “lógica del partisano” que subyace a la práctica política de los jóvenes militantes de los ’70. Esta lógica, caracterizada por la organización del imaginario político como “un imaginario de guerra, marcado por la antítesis amigo-enemigo” y por “la clausura de los canales políticos

¹⁹ ED, 5/02/74.

²⁰ ED, 5/02/74.

²¹ También es posible inscribir esta visión conflictiva de la política en el marco del discurso populista, en la medida en que se trata de un tipo de construcción política basada en el antagonismo y la conformación de fronteras que delimitan equivalencias y exclusiones. Nos hemos referido al carácter populista del discurso kirchnerista en Montero, 2007a.

institucionales, la desvirtuación de los mecanismos democráticos de mediación (...) y la inexistencia de un sistema plural de partidos” habría derivado en la conformación de organizaciones políticas en combate “por la libertad y la democracia” (Tcach, 2006: 141)²².

Los años ‘70, marcados por hitos como el Cordobazo, la movilización popular, la radicalización política de amplios sectores de la sociedad son años en los que, al decir de Pucciarelli “la concepción del compromiso político era asumida como conflicto, como lucha imperativa y dramática para trastocar las estructuras de poder heredadas” (1999: 7): se trata de un período de “primacía de la política”. En ese registro, el poder “transformador” de la política constituye un tópico recurrente en ambas matrices discursivas:

“todos los que tenemos responsabilidades, *todos los que abrazamos la política como una causa transformadora* (...) hay que volver a reconstruir las bases de la credibilidad para que la sociedad pueda ver en cada intendente, en cada diputado, en cada senador, en cada presidente, en cada ministro, la actitud de confianza que lo lleve a apoyarlo para ir construyendo una Argentina absolutamente diferente” (14/08/03)

“He querido hablar con el corazón abierto, con una voz que quiere ser expresión del anhelo del pueblo que represento, combinación de sueño y realismo e inspirada en el sólido recuerdo de nuestra historia en común y en la visión de un presente y un porvenir que nos exige *practicar el diario ejercicio de la voluntad de hacer*” (28/08/03)

La recuperación de la confianza en la voluntad y el poder transformador de la política en la coyuntura argentina actual, profundamente marcada por la sospecha hacia la clase política (que se plasmó en la crisis del año 2001), constituye desde nuestra perspectiva, un elemento novedoso que da lugar a una nueva configuración hegemónica e impone nuevos desafíos para la consolidación democrática argentina.

La retórica antiliberal

Es sabido que el ideario de los militantes de los setenta se funda en la construcción de la Patria Socialista, cuya consolidación requería de una primer etapa “táctica”, la Patria Peronista. Orientadas por la revolución cubana y por las corrientes izquierdistas expandidas en la época, las agrupaciones políticas se acercaron al peronismo como un movimiento capaz de expresar y llevar adelante el proyecto de socialismo nacional.

“Sabemos bien quienes somos y qué queremos: una Patria Libre, Justa y Soberana con independencia económica, soberanía política y justicia social”²³.

²² Tcach también señala que la lógica del partisano enlaza perfectamente con el “derecho de resistencia a la opresión”, tan marcado en la discursividad kirchnerista. Sobre esto, ya hemos mencionado brevemente que en numerosas ocasiones el Presidente se muestra como un “ciudadano común” con “derecho a expresar sus opiniones”, y que esto funciona como un argumento a favor de (e incluso una excusa para) propiciar y generar el debate o la confrontación.

²³ ED, 14/03/74

Aunque, como sabemos, este no es el ideario que guía la programática kirchnerista, sí es posible distinguir una serie de preceptos y tópicos que operan como memorias discursivas de la matriz del peronismo de izquierda. Como señala Lesgart, si bien en el registro kirchnerista “no hay un retorno a la idea de que la democracia sería una “mascara de dominación burguesa” o un instrumento para lograr fines más elevados, la construcción simbólica del poder político evoca la recuperación de ideas-fuerza que son leídas en sintonía con algunos planteos de distintas izquierdas de décadas anteriores” (2006:173). Entre estas ideas, la “soberanía política”, la “justicia”, la “independencia económica”, el “antiimperialismo”, son tópicos recurrentes que se enlazan con el ideario setentista. Por su carácter ambiguo y polisémico, estos tópicos permiten articular en el discurso kirchnerista configuraciones políticas distintas a las impulsadas por los jóvenes peronistas, pero que en todo caso funcionan como reenvío y memoria de aquella matriz.

Es en continuidad con esos preceptos propios de la izquierda peronista que se puede interpretar entonces la persistente prédica kirchnerista contra “la ortodoxia neoliberal”, la oligarquía, los monopolios o los “nostálgicos” del modelo del pasado. Aunque en otro registro, estos tópicos aparecen reiterados y reformulados desde una perspectiva (y en un contexto económico) que poco tiene que ver con el “socialismo nacional” otrora anhelado, pero postulan la centralidad del Estado y, en términos generales, cierto imaginario nacionalista en boga por aquellos años.

“Todavía hablan, pero tengan en cuenta, *siempre recuerden a esos economistas neoliberales que nos prometieron el cielo y nos dieron el infierno*. Tengámoslo muy claro porque buscan volver de cualquier manera, pero que se den cuenta que con absoluta amplitud, con absoluta pluralidad, estamos entre todos empezando a tratar de recrear un proyecto, un proyecto nacional del que alguna vez los argentinos estuvieron absolutamente convencidos. Y Dios quiera -a ustedes y a los que nos miran por esa camarita- que podamos volver a decir que somos capaces de reconstruir ese proyecto que nos contenga a todos los argentinos”. (11/08/04)

Mas allá de la plausibilidad y las condiciones de posibilidad de la reemergencia de esos preceptos en el contexto político y económico argentino actual (cuyo alcance no podemos evaluar en este trabajo), lo interesante de esta recuperación del tono “antiliberal” se vincula profundamente con el punto que desarrollamos anteriormente: la centralidad de la política en el discurso kirchnerista.

En ese sentido, vale la pena recordar aquella sentencia de Schmitt según la cual no existe “ninguna política liberal en sí misma, [sino] tan sólo una crítica liberal de la política”. Desde este punto de vista, se comprende por qué la emergencia de un liderazgo *militante* y dotado de una voluntad política fuertemente confrontativa, aparece como un contrapunto y un embate contra el imaginario liberal.

En efecto, la crítica liberal a la dimensión antagónica y conflictiva de la política en base a argumentos técnico-burocráticos, económicos o morales (Mouffe, 2007) es fuertemente cuestionada y rechazada en las dos series que analizamos.

“Lo que sucede es que *estos marranos de la política suponen que con papeles y sellos* pueden alterar al cariño de un pueblo a quienes reconoce como leales, *la vocación por luchar* contra los patrones, *la bronca* con la policía brava, *el desprecio* a los milicos, el odio al yanqui explotador, las ganas de juntarse (...) guiándonos como una enorme llamarada revolucionaria. (...) Ahí es donde nunca podrán destruirnos, ahí está nuestra fortaleza, lo indestructible de nuestra política”²⁴.

“Les puedo asegurar que *estamos abriendo todas las puertas del Estado. Porque el Estado somos todos los argentinos, no una simple burocracia política a la que le toca por un determinado tiempo ejercer el poder político de la Nación*. Por lo tanto, hay que entrar a participar activamente, porque si no de un lado demandan los que sufren las injusticias y las inclemencias de un Estado que no funciona y del otro lado están los que siguen viviendo del Estado”. (14/11/03)

En oposición al gobierno “policíaco” de la dictadura y a la “burocracia” representada por la derecha peronista, la juventud peronista postulaba la “lucha política”. Frente al pensamiento único neoliberal, Kirchner postula la centralidad del Estado, la convicción y la decisión política.

La justicia kirchnerista y la “justicia montonera”

Para Barros, en el discurso kirchnerista “la unidad nacional viene de la mano de una idea de justicia que no es neutral, que no puede ser encorsetada en un marco institucional porque depende de una convicción y de un compromiso éticos” (2005b: 10), en oposición a discursos previos sobre los derechos humanos, como el alfonsinista, que suponían un estado imparcial y neutral.

“Les juro de corazón que jamás en mi vida aspiré a tratar de generar ningún hecho que pueda ayudar a dividir a la sociedad argentina. Uno tiene aciertos y errores como cualquier ser humano, pero ese discurso de que hay que encontrar la memoria en la lucha contra la impunidad y encontrar realmente el verdadero sendero de la justicia, eso no es dividir a la sociedad argentina, eso es unir a la sociedad argentina. *En la sociedad argentina solamente se podrá consolidar esa unidad y esa solidaridad con justicia*”. (07/12/2004)

Esta relación entre la “memoria” y la “justicia”, y la puesta en primer plano de las convicciones personales del locutor dan cuenta de la recuperación de la política como terreno en el que juegan las convicciones y los principios. Como ya mencionamos, la noción de justicia en Kirchner da cuenta de un *ethos* que no es “neutral” y que está guiado por “mandatos de conciencia”.

... Hoy estamos cumplimentando algo que es *un mandato de la conciencia* y algo que el pueblo argentino en su conjunto comparte. Porque esto es amor, esto es tener memoria para realmente construir una sociedad absolutamente basada en la Justicia, no hay otra forma de hacerlo. (...) Creemos que éste es el camino y el mandato que hay que llevar adelante. (04/10/2004)

Refiriéndose a los “ajusticiamientos” o asesinatos vindicativos y ejemplificativos llevados a cabo por parte de Montoneros hacia personajes señalados como “enemigos” o “traidores”, Gillespie (1986) sostiene que existía un sistema de justicia propiamente montonero, una estructura de valores y un repertorio de acciones acordes que guiaban a los militantes en el impartimiento de justicia. El

²⁴ ED, 14/03/74.

“aramburazo”²⁵, por caso, hito fundamental en la mitología montonera, fue calificado por los militantes como “una reivindicación histórica, un hecho de justicia popular” (ED, 14/03/74). Por cierto, la noción de justicia propia de ese esquema es intrínsecamente antiinstitucional y no ancla en el sistema oficial del Estado de Derecho. Los criterios montoneros para la aplicación de justicia eran, más bien, criterios ideológicos acordes con su propia estructura de valores, lo que ha suscitado no pocos debates que plantean la necesidad de revisar la legitimidad y la responsabilidad de estos parámetros de justicia.

Ahora bien: cuando esta “parcialidad” militante es afirmada desde la posición de enunciación presidencial, este planteo adquiere mucha más relevancia, y pone de manifiesto la tensión existente entre la justicia como institución neutral e imparcial garantizada por el Estado de Derecho y la voluntad política de la máxima autoridad estatal de aplicar una justicia claramente imparcial, cargada de valores y convicciones particulares que pujan por convertirse en universales. ¿Cómo resolver esta tensión, desde el Estado Nacional, sin claudicar en la convicciones pero asegurando a la vez ciertos parámetros universales de respeto por la “diferencia” y la pluralidad?

3.3. Los tiempos políticos

La política en tres tiempos

Es ya de sobra conocida la repetida metáfora kirchnerista que sostiene que “la Argentina está saliendo del infierno” para entrar en las “puertas del purgatorio”.

“Espero que el 10 de diciembre del 2007, cuando termine mi mandato, le podamos decir al pueblo que estamos llegando al purgatorio, que estamos saliendo del infierno, y que en la Argentina nace con fuerza, paulatinamente, una transición hacia la construcción de nuevas expectativas, de nuevos dirigentes, de nuevas realidades” (27/09/06)

Esta metáfora²⁶ plantea una temporalidad política marcada por tres momentos: el infierno, el purgatorio y el paraíso. Si bien esta tercera instancia no es nunca explicitada, el paraíso aparece como un horizonte deseable y mítico que estaría presupuesto y contenido en la misma idea del infierno.

De manera similar, los documentos de la militancia setentista durante el *interregno* camporista también dan cuenta de un esquema en tres tiempos al referirse a la llegada del peronismo al poder:

“La lucha no declina a partir del 11 de marzo ni llega a su término con la toma del gobierno el 25 de mayo. Recién entonces comienza una nueva etapa, etapa en la que el pueblo debe pasar a jugar un papel protagónico”.²⁷

²⁵ Se trata del secuestro y asesinato de Aramburu en 1970 a manos de un grupo originario de la organización Montoneros.

²⁶ Inicialmente las metáforas que aludían a la situación crítica de la Argentina eran las del “subsuelo”, la “escalera” o la “cuesta” a remontar.

²⁷ Volante, en Baschetti, 1996: 43.

“Luego de 18 años de lucha (...) el 25 de mayo comenzó la etapa de la Reconstrucción para la Liberación Nacional”.²⁸

“Porque el peronismo es nuestro, porque forjamos esta última etapa de lucha, porque vamos a ser los que llevemos el peso de la lucha hacia el futuro”.²⁹

Según este esquema, habría una primer etapa en la que prevaleció una difícil “lucha” clandestina, oculta y marginada³⁰; un segundo momento de toma del poder, que no es visualizado como un triunfo sino como el inicio de una nueva lucha, durante la cual habría que lidiar con los poderes remanentes de aquella primera etapa; y un tercer momento (futuro), el de la Liberación Nacional, que corresponde al establecimiento de la Patria Socialista.

De la misma manera, en el esquema temporal kirchnerista el triunfo electoral aparece sólo como un punto de partida, como una “oportunidad histórica” para actualizar y continuar con una lucha que fue primero derrotada, y luego se replegó. El paralelismo entre los ´90 y la llamada “resistencia” peronista, pensada como una lucha subterránea y anónima en un contexto político adverso, no nos parece en nada forzado. En efecto, en numerosas ocasiones el Presidente sostiene que como gobernador de la provincia de Santa Cruz durante los ´90 tuvo que luchar desde las inhóspitas y “olvidadas” tierras patagónicas contra un gobierno central que “ninguneaba” a esa región. El periodo 76-2003 se figura entonces como un gran bloque temporal (Montero, 2007a) en el que los ideales de los setenta no tenían ya asidero, y el triunfo electoral de 2003 constituye la oportunidad para reaparecer, en una coyuntura en la que el “enemigo” parece haberse debilitado o al menos agotado su estrategia. El “infierno” en cuestión -que, en franca asintonía con todo convención de marketing político, parece extensivo al período de la misma gestión kirchnerista- no es entonces otra cosa que el resabio de aquel periodo, el conjunto de lastres y deudas abiertas durante los últimos treinta años, deudas que por otra parte “no se solucionan de un día para el otro”.

Esta moderación en el tono triunfalista en el discurso de Kirchner parece responder a la doble necesidad de reconocer el carácter casi azaroso de su triunfo y de justificar los déficits de su gestión en virtud de la herencia recibida por el neoliberalismo. En el discurso militante en la coyuntura eleccionaria del 73, en cambio, el triunfo de Cámpora es interpretado como un resultado directo y esperado de la lucha popular durante la resistencia, como una consecuencia lógica de la lucha previa. Inicialmente obligado a reconocer su deuda con su padrino político, Duhalde, e inhabilitado para atribuir su triunfo electoral a méritos propios³¹, Kirchner opta en cambio por remitir el momento de la fundación de su proyecto político a un pasado lejano pero mítico y que se encarna en

²⁸ Baschetti, 1996: 74

²⁹ ED, 14/03/74

³⁰ “Han pasado 18 años. 18 años duros donde hemos conocido de todo. La persecución más sangrienta, el asesinato impune, la tortura como cosa de todos los días, nuestra voz silenciada, la patria vendida. Hemos sabido qué es el dolor, qué es la injusticia” (Montoneros, cuadernillo, en Baschetti 1996: 88).

³¹ Al respecto, Cheresky (2003) señala que, en tanto “presidente por accidente”, la popularidad de Kirchner puede interpretarse como producto de un consenso *a posteriori* (2003: 90).

la figura presidencial: los setenta. Los momentos siguientes, el purgatorio y el paraíso, operan básicamente en el terreno de la utopía y la promesa, como instancias en la que se producirá la mentada “profundización del cambio”.

El pasado reciente: Dictadura y Neoliberalismo

Decíamos que en el discurso presidencial se visualiza un salto temporal entre el año 1976 y el momento de la toma del poder. Desde nuestra perspectiva, esta operación permite delinear dos visiones del pasado reciente: por un lado, los valores y convicciones de su generación, derrotados pero “latentes” durante 25 años; y por otro, el bloque dictadura- neoliberalismo.

Sobre la primera lectura del pasado, que recupera el período de auge de la militancia setentista, evocado como un tiempo de utopías, sueños y compromiso, ya nos hemos referido más arriba. En lo que respecta a la segunda interpretación del pasado reciente, es destacable que éste aparece presentado como un bloque en el que la dictadura militar se homologa con el neoliberalismo imperante en los '90 (que parece tener su corolario, o su muestra más cabal, en el estallido del año 2001) e incluye, un tanto vagamente, todas las gestiones gubernamentales anteriores y el accionar de otros adversarios como los militares, la Iglesia, la prensa, ciertos partidos opositores, asociados a ese modelo. Esta vaguedad, que por otra parte es inherente al discurso populista (Laclau, 2005), lejos de disipar la figura de los adversarios políticos, los define, los caracteriza y los carga de sentidos. Si la dictadura aparece como la responsable de la introducción del modelo económico neoliberal, la década del noventa es caracterizada como el “epílogo” y la “máxima expresión” del modelo económico y político implementado por el gobierno militar:

“Sólo así [los dictadores] podían imponer un proyecto político y económico que reemplazara al proceso de industrialización sustitutivo de importaciones por un nuevo modelo de valorización financiera y ajuste estructural con disminución del rol del Estado, endeudamiento externo con fuga de capitales y, sobre todo, con un disciplinamiento social que permitiera establecer un orden que el sistema democrático no les garantizaba.

Para el logro de estos objetivos querían terminar para siempre con lo distinto, con lo plural, con lo que era disfuncional a esas metas. Ese modelo económico y social que tuvo un cerebro, que tuvo un nombre y que los argentinos nunca deberemos borrar de nuestra memoria y que espero que también la memoria, justicia y verdad llegue, se llama José Alfredo Martínez de Hoz.

Lamentablemente, este modelo económico y social no terminó con la dictadura; se derramó hasta fines de los años '90, generando la situación social más aguda que recuerde la historia argentina”.
(24/03/2006)

La represión y el modelo neoliberal aparecen así como una unidad ininterrumpida en el tiempo y como una matriz ideológica con idénticos principios políticos y económicos.

Pero este modo de leer el pasado dictatorial, en relación con la instauración de de un modelo económico, tiene también sus orígenes en los discursos de la militancia setentista: la polarización de la sociedad en dos campos, el pueblo y el antipueblo, ubicaba a las oligarquías, los monopolios, el

imperialismo y los gobiernos militares en el polo del antipueblo. Todos esos sectores aparecían como enemigos del pueblo:

“Del otro lado *el imperialismo*, las *grandes empresas monopólicas* y sus aliados nativos, la *oligarquía industrial, financiera, comercial y agropecuaria, expresada políticamente en los partidos gorilas* (Nueva Fuerza, ezequielismo y manriquismo), *en sus agrupamientos empresariales* (UIA, Sociedad Rural, Cámara Argentina de Comercio, Bolsa de Comercio, etc.) y sus *expresiones militares* (la camarilla militar, los asesores yanquis...)”³².

En el mismo sentido, el 26 de mayo de 1973 un comunicado de la JP establecía como uno de sus diez objetivos fundamentales

“la investigación hasta sus últimas consecuencias de los responsables y ejecutores de torturas, secuestros, asesinatos y encarcelamiento de los militantes populares. Así también la de los implicados en delitos económicos a todo nivel, y de los ejecutores y cómplices de la penetración imperialista que han saqueado y entregado nuestra economía”³³.

4. Conclusiones y perspectivas. El *ethos* militante y la consolidación democrática

El análisis precedente nos permite extraer algunas conclusiones provisorias, y sobre todo, plantear algunos puntos de reflexión.

En el plano específicamente discursivo, creemos que esta descripción y enumeración de tópicos y memorias discursivas, que dan cuenta del vínculo existente entre la matriz discursiva kirchnerista y la de la militancia setentista, nos permite (y nos impone, puesto que esta es la tarea a desarrollar en el futuro) identificar y caracterizar una tipología discursiva que el análisis del discurso aún no ha estudiado en profundidad: el *discurso militante*. Estrechamente ligado a lo que Angenot (1991) denomina *discurso panfletario*, pero con características específicas, el discurso militante reúne una serie de rasgos que nos permiten definirlo como una tipología aparte: una tónica, un tono, una modalidad, un conjunto de premisas y postulados, pero especialmente un *ethos*, una figura discursiva que habla y “se muestra” como “humano”, heroico, idealista y beligerante.

En el plano ideológico-político, podemos decir que la recuperación de la matriz discursiva militante en la voz presidencial (re)abre un debate aún no saldado: la cuestión del accionar de las organizaciones armadas de los ´70 y sus sentidos de la política (como acción guiada por valores y convicciones pero también como radicalización y violencia), en relación con su responsabilidad (Hilb, 2002) y con las perspectivas para el proceso de revisión y elaboración del pasado traumático de la dictadura.

La visión *militante* de la práctica política, reivindicada y revisitada en el discurso presidencial, confronta o compete con visiones “institucionalistas” de la política que plantean la necesidad de superar las contiendas y las confrontaciones ideológicas para lograr una convivencia democrática

³² ED, 12/06/73.

³³ “Compromiso de la Juventud Peronista con el pueblo de la patria”, comunicado del 26/05/73, en Baschetti, 1996: 51.

basada en el consenso. Esto pone en el centro del debate la cuestión del pluralismo y la homogeneidad, y la tensión constitutiva que habita en todo proceso hegemónico de consolidación democrática: en efecto, todo discurso político con pretensiones hegemónicas debe resolver de algún modo la cuestión de la diferencia y la pluralidad. Si, desde ciertas teorías, la democracia es concebible como una comunidad de iguales donde existe identidad entre representantes y representados y a la vez está conformada por límites que la hacen inteligible, la cuestión del pluralismo adquiere una importancia central. En el caso del kirchnerismo, como vimos en el caso del tópico de la “justicia”, se trata de (volver a) construir criterios político-ideológicos de expansión e integración sin por ello desdibujar los límites mismos de la comunidad, manteniendo fronteras consolidadas y “leales” a las convicciones que están en la base de la acción política presidencial.

En este escenario acecha, evidentemente, la sombra del decisionismo (Bosoer y Leiras, 1999), la primacía de la decisión personal y la imparcialidad del líder, que ponen en riesgo la búsqueda de consensos, la deliberación y la pluralidad.

Por otra parte, el hecho de que esta recuperación de la política como *militancia* y *voluntad* sea impulsada por la máxima instancia de autoridad estatal, el representante del Poder Ejecutivo, pone de manifiesto otra tensión: desde el máximo nivel de institucionalización se reivindica y se recupera un estilo de práctica política inherentemente antiinstitucional, rupturista, rebelde que se opone al presunto pragmatismo de las décadas anteriores. ¿Cuáles son las consecuencias de esta tensión entre ruptura e integración (Aboy Carlés, 2001; 2003) para la consolidación democrática en la Argentina? Finalmente, en términos de liderazgo político, las memorias discursivas de los '70 que circulan, impregnan y dan forma a la retórica kirchnerista dan cuenta de que asistimos a la construcción de un *ethos* presidencial con características novedosas con respecto a anteriores estilos de liderazgo.

M. Svampa ha denominado “ethos de los setenta” al *zeitgeist* de aquellos años, cuyo mayor exponente fue la figura del militante político, “definido por una ‘mística’ revolucionaria, (...) un compromiso que se postulaba como permanente y radical”, a caracterizado por la desconfianza en las vías reformistas y el desprecio partidocrático (2003: 28), entre otros rasgos.

Estas características parecen ajustarse, al menos en el plano formal, y no sin matices, a la figura de Kirchner como líder político, tal como intentamos describirlo en este trabajo: un ethos juvenil, beligerante y rebelde; un ethos “igual a la gente”, con derecho a disentir; un ethos animado por convicciones y valores; un ethos antiliberal y antiinstitucional.

La zona discursiva común entre el “*ethos* setentista” al que alude Svampa y el *ethos* kirchnerista -en el sentido específicamente retórico-argumentativo de imagen discursiva del orador, como lo abordamos aquí- está impregnada de una lógica de “cruzada” (Tcach, 2006) donde lo “personal” atraviesa la política y donde la tarea y los ideales de la “generación” del '70 aparecen como un legado y una “misión”:

“Estamos en una etapa histórica, *luchemos por las convicciones que soñaron muchos de nuestros próceres, muchos de aquellos que tuvieron que sufrir represión, desapariciones por sus ideas*; muchos de los que forman parte de los excluidos de este país, que fruto de un modelo perverso los fueron dejando totalmente afuera”. (30/03/06)

“*fuimos perseguidos por defender nuestras ideas y hoy estamos compartiendo la conducción de la nueva Argentina con una generación en la que muchos no están, pero estamos nosotros para llevar la bandera al lugar que corresponde*”. (04/02/04)

De este modo, como dice Weber, Kirchner construye su *ethos* y se legitima como líder político en y a través de este juego en el que las memorias discursivas operan como reenvío, ecos, reminiscencias de voces del pasado que reaparecen postulando la práctica política y la “refundación” de la Argentina como “misión”, “mandato” o “tarea íntima”.

5. Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario.
- Aboy Carlés, G. (2003): “Repensando el populismo”, *Política y Gestión N° 4*, pp. 9-35, Rosario, Homo Sapiens.
- Amossy, R. y Herschberg Pierrot, A. (1997) : *Stéréotypes et clichés*, París, Nathan.
- Amossy, R. (dir.) (1999): *Images de soi dans le discours. La construction de l'éthos*. París, Delachaux et Niestlé.
- Angenot, M. (1982): *La parole panphlétaire. Typologie des discours modernes*, París, Payot.
- Barros, S. (2005a): “Espectralidad e inestabilidad institucional”, ponencia presentada en VII° Congreso Nacional de Ciencia Política, Córdoba.
- Barros, S. (2005b): “Ruptures and continuities in Kirchner’s Argentina”, mimeo.
- Baschetti, R. (1996): *Documentos 1973-1976. De Cámpora a la ruptura, Vol I*, La Plata, De la campana.
- Bosoer, F. y Leiras, S. (1999): "Posguerra fría, neodecisionismo y nueva fase del capitalismo: el alegato del príncipe gobernante en el escenario global de los '90", en Borón et al, *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, Eudeba- Clacso.
- Carnovale, V. (2006): “Memorias, espacio público y Estado: la construcción del Museo de la Memoria”, *Estudios AHILA de Historia Latinoamericana N°2*, Verveurt, disponible en www.riehr.com.ar
- Cheresky, I. (2003): “En nombre del pueblo y de las convicciones: posibilidades y límites del gobierno sustentado en la opinión pública”, *Revista PostData N° 9*, Septiembre de 2003.
- Cheresky, I. (2004): “Cambio de rumbo y recomposición política en Argentina. Néstor Kirchner cumple un año de gobierno”, en *Observatoire des Amériques N° 17*, Université de Québec à Montréal, www.ceim.uquam.ca
- Courtine, J.J. (1981): “Analyse du discours politique”, *Langages N° 62*.
- De Riz, L. (1981): *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Folios.
- Ducrot, O. (1984): *Le dire et le dit*, París, Minuit.
- Ducrot, O. (1988) : *Polifonía y argumentación*, Cali, Universidad del Valle.
- Gillespie, R. (1998): *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Hilb, C. (2002): “La responsabilidad como legado”, en Tcach, C. (Comp.) (2002), *La política en consignas*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 101-122.
- Laclau, E. (1977): “Hacia una teoría del populismo”, en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI.

- Laclau, E. (1996): *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Ariel.
- Laclau, E. (2005): *La razón populista*. Buenos Aires, FCE.
- Lesgart, C. (2006): “Luchas por los sentidos del pasado y el presente. Notas sobre la reconsideración actual de los años ‘70 y ‘80”, en Quiroga, H. y Tcach, C. (2006), pp. 167- 198.
- Longoni, A. (2007): *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Norma.
- Maingueneau, D. (1999): “Ethos, scénographie, incorporation”, en Amossy (1999), pp. 75-100.
- Maingueneau, D. (2002): “Problèmes d’ethos”, *Pratiques N° 113- 114*.
- Montero, A.S. (2007a): “Usos de la memoria y ethos militante en el discurso presidencial argentino (2003-2006)”, *Revista Argentina de Sociología*, en prensa.
- Montero, A.S. (2007b): “‘¡Claro que estoy en campaña!’”. Exclamación, oposición y verdad en el discurso presidencial (Argentina, 2003- 2006). Análisis semántico- argumentativo del marcador *claro que*”, *revista Oralía N° 10*, Universidad de Cádiz.
- Montero, A.S. (2007c): “‘¡Cómo no...!’”. Exclamación, oposición y ethos confrontativo en el discurso presidencial argentino”, *Actas del Coloquio de la International Association of Dialogue Analysis (IADA)*, La Plata, mayo de 2007.
- Mouffe, Ch. (2007): *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE.
- Pêcheux, M. (1990): *L’inquiétude du discours. Textes choisis et présentés par D. Maldidier*, Paris, des Cendres.
- Pucciarelli, A. (Ed.) (1999): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba.
- Quiroga, H. y Tcach, C. (Comps.) (2006): *Argentina 1976- 2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario, Homo Sapiens.
- Svampa, M. (2003): “El populismo imposible y sus actores”, en James, D. (2003) (Dir.): *Nueva Historia Argentina, 1955-1976, volumen IX*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Tcach, C. (Comp.) (2003): *La política en consignas. Memoria de los setenta*, Rosario, Homo Sapiens.
- Tortti, M.C. (1999): “Protesta social y ‘Nueva Izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Pucciarelli (Ed.) (1999), pp. 205-230.